

EL COLOR DEL MIEDO

CREEL, CHIHUAHUA





Su clamor de justicia, desde lo más alto de la Sierra Tarahumara, no se escucha en Los Pinos. La comunidad está indefensa y aterrorizada. Un bebé y 12 personas más fueron masacradas en Creel, un pueblo turístico a la entrada de las Barrancas del Cobre. Ellos también protestaron el 30 de agosto, cuando se realizó la marcha “Iluminemos México”. Pero su dolor no tiene poder de picaporte en el centro del país.

TEXTO: IGNACIO ALVARADO ÁLVAREZ • FOTO: JAVIER AGUILAR

Lo primero que pregunta Margarita, la dueña de la posada más antigua del pueblo, es si sabemos quiénes son los autores de la matanza. No lo hace porque quiera saber la respuesta, lo que busca es descartar que seamos los asesinos. La mujer se recupera de una artritis a base de brebajes naturistas. Hace dos años quedó paralizada y poco a poco ha ido recuperando la movilidad casi absoluta. Pero el miedo es más difícil de curar. “No sabemos lo que vaya a pasar; realmente estamos muy asustados”, dice cuando ha tomado algo de confianza. De frente al mostrador en el que despacha hay un ventanal enorme a través del cual puede verse el templo de Nuestra Señora de Lourdes, con la fachada tapizada de mantas que piden aclarar la peor masacre de su historia, en la que 13 personas, un bebé entre ellas, fueron destrozadas a balazos. Todo el día contempla la misma imagen.

La calle principal del pueblo es también un corredor cubierto de símbolos de la ingobernabilidad. A través de un kilómetro, cada uno de los establecimientos comerciales colgó moños de color negro y banderas blancas. Unos cuantos



En el recinto de la masacre, los dedos clavaron banderitas con los nombres de las víctimas, para distinguir el punto en que cayeron... antes debieron cubrir 70 litros de sangre

fueron confeccionados por costureros expertos, pero la mayoría desgarró camisetas o bolsas de basura y les dio forma con tijeras. La conciliación es la única arma posible en un lugar sometido por el poder de los criminales. “No hay que temerle a la corrupción”, dijo alguna vez el ex alcalde de Palermo, Leoluca Orlando. El presidente del Instituto para el Renacimiento Siciliano, el órgano ciudadano que sumó esfuerzos para desterrar la violencia urbana de la mafia, halló otra fórmula para medir el poder: el compromiso. “Tengan miedo del silencio de los buenos, no del grito de los malos”, suele decir.

En esta cuna del turismo mexicano esa regla aplica de manera dramática. La víspera de una



tercera marcha que sintonizaría con la convocada por "Iluminemos México", una ráfaga de metralla estalló en el comienzo de la tarde, pero nadie que caminara por las calles hizo siquiera el intento de saber lo que sucedía. Por unos instantes la vida se paralizó. Dejaron de escucharse los motores de los vehículos y la música, tal y como ocurre en los bosques cuando las aves callan a la menor señal de peligro. Ese mismo día, a casi 200 kilómetros, en la ciudad de Chihuahua, las autoridades informaron que los disparos fueron hechos por militares que interceptaron tres camiones con trascabos robados por gavilleros. Los habitantes de Creel no se enteraron sino hasta la mañana siguiente.

La tiranía del miedo parece irrevocable. Paulatinamente ha ido fijando condiciones. Los días previos miles de ciudadanos participaron en un par de movimientos sin precedentes, vestidos de negro y portando veladoras blancas, para señalar la inexistencia de un régimen de gobierno. El inicio de semana les concedió la razón: alguien utilizó internet para decir que el sábado de la tercera marcha se repetiría la masacre, en el mismo lugar y hora. Pudo ser una broma macabra, pero otro día el pueblo despertó con la noticia de un segundo aviso de muerte. Esta vez se dispuso de una manta para enumerar a 32 ejecutables, encabezados por Ernesto Estrada González, el alcalde de Bocoyna,

el municipio al que pertenece Creel. La manta fue colocada a la salida sur, sobre la autopista que conduce a dos de los puntos más bellos de la sierra Tarahumara: el lago de Arareco y las Barrancas del Cobre. Y se hizo cuando se supone que militares, federales y ministeriales los cuidan de un nuevo ataque.

La marcha del día siguiente fue el indicador de la fuerza que realmente obedecen tierras lejanas de casi cualquier entidad mexicana. De tres mil personas que se esperaban, se dieron cita menos de 200. En el recinto de la masacre, el frente de una bodega ejidal que hace las veces de salón social, los pocos atrevidos estaban inquietos. Todos se hallaban parados en el escenario donde 170 casquillos de balas capaces de perforar un blindaje fueron recogidos por las primeras autoridades en llegar, cuatro horas después del ataque. Los deudos clavaron banderitas con los nombres de las víctimas para distinguir el punto exacto en el que cayeron, pero antes debieron volcar un camión de arena para cubrir casi 70 litros de sangre derramada. Esta vez acudieron de blanco y había infantes de 2 y 3 años, y adultos mayores. La caminata fue vigilada por dos unidades de Vialidad, cuyos agentes sin armas son los mismos a quienes el pueblo acusó de facilitarle el paso a los sicarios. Nada ocurrió de momento. Pero la historia local dicta que las amenazas son ineludibles. Tarde o temprano habrán de cumplirse, y esa es la cuenta regresiva que les secuestra el alma.

El sonido de la muerte

El sacerdote Javier Ávila se encuentra agotado. Catorce días después de la masacre, él ha sido el único en atender llamados de periodistas, consolar a los deudos y urgir a las autoridades para que desempeñen una investigación pulcra, capaz de regresarle algo de tranquilidad y confianza a los habitantes. "Ya no quiero dar más

entrevistas”, dice el día previo de la marcha con la que volverán a exigir la captura de los asesinos. El ánimo del padre jesuita, líder moral de la zona, es una señal inequívoca de que las cosas son peores de lo que se ve desde la distancia. “La población de Creel está profundamente lastimada, dolida, temerosa”, dice una vez que ha faltado a sus propósitos de silencio.

Ávila oficiaba la misa sabatina en el templo de Nuestra Señora de Lourdes, a un kilómetro de distancia, cuando escuchó las detonaciones, poco después de las 17:30 horas del 16 de agosto. Se sintió turbado, dice, pero decidió terminar con la homilía.

“La gente ya me andaba buscando para decirme que habían matado a dos muchachos en un enfrentamiento con metralletas y estaban tirados afuera del salón Profortarah. Sin preguntar más



datos corrí por mi camioneta para salir a ese lugar. Fue muy duro llegar y encontrar que no eran dos ¡que eran 13! y todos muertos de manera salvaje, tirados en la tierra, regados como bultos, sobre charcos de sangre. Era una escena que nunca se había visto en el pueblo, ni en el estado. Gloria, a quien el año pasado casé en segundas nupcias, fue a la primera que encontré, deshecha. Llorando a gritos me decía ‘¡no es justo, padre, lo que le hicieron a mi hijo!’.

Óscar Felipe tenía un hueco en la garganta que me dejó helado, y enseguida estaba Edgar Alfredo cubriendo con el cuerpo a su bebé de año y medio, y así fui recorriendo uno a uno”.

Es el relato escrito por el mismo sacerdote los días posteriores, en uno de los escasos respiros que le ha concedido el vértigo de los acontecimientos. Cuenta que esa noche casi pierde la cordura. “Quería vomitar, estaba deshecho”, dice en el silencio de su oficina, una extensión de su vivienda, al lado de la iglesia de Cristo Rey.



Como a todos, aún le persiguen imágenes brutales. “Las heridas se van cerrando con el tiempo. Hay heridas que cierran de una manera muy sana. Una cirugía a veces puede ser equivocada y te deja huella toda la vida. Si te trabajan mal una fractura, puede ser que te quedes minusválido para siempre. Si te reducen una fractura y te la dejan bien, puedes olvidar eso perfectamente. Pero en una cirugía de apéndice pueden dejarte algo adentro, una gasa, unas tijeras; te cierra, pero te quedó algo adentro. ¿Eso por qué te lo digo?: porque el pueblo está muy lastimado, ha sido herido profundamente, imagínate las familias de los afectados. Y el gobierno ahorita está preocupado por traer obra”.

El comando que operó ese día iba por un par de sujetos que decidieron mezclarse entre la multitud que jugaba en el salón ejidal, tras haber acudido todos a una carrera parejera a las afueras del pueblo, en unos terrenos pertenecientes al alcalde de Bocoyna. Habían ganado en las apuestas y decidieron celebrar comprando cervezas y compitiendo ellos mismos descalzos, en el lodo, como solían hacerlo siempre. Por la noche la mayoría asistiría a una fiesta de Quince Años. Las versiones que manejó la prensa los días siguientes dicen que los objetivos eran Fredy Horacio Aguirre Orpinel, de 34 años, y Alfredo Caro Mendoza, de 36, a quienes se les conocía como *Los Fredis*.

El Profortarah es un bodegón enorme, construido a base de bloques de cemento. No tiene enjarre ni pintura. Mide unos 30 metros de largo por 10 de ancho y tiene cinco o seis metros de altura y un techo laminado con caída a dos aguas. Frente a la puerta de acero hay un cobertizo del mismo material, que cubre la única plancha de concreto vaciado que existe sobre el enorme terreno en el cual se erigió. Es una plancha de unos 20 metros cuadrados y desde ahí salían los corredores descalzos mientras caía la lluvia. A un lado fue que quedaron doce de los 13 cadáveres. Sólo uno murió bajo el cobertizo. Los que se salvaron huyeron saltándose las bardas de las casas vecinas o refugiándose en el interior de la bodega. Y uno se hizo pasar por muerto, con un disparo que le deshizo la pantorrilla y con los restos de cerebro y sangre que le salpicaron el profesor Edgar Alfredo Loya Ochoa y su hijo de 16 meses, a quien llevaba en brazos. Eso confundió a los asesinos, además de que él contuvo el aliento mientras hurgaban en los bolsillos de su pantalón para despojarlo de su cartera y teléfono celular, como hicieron con todos los muertos. Se reían, los sicarios, contó a un periodista que lo halló el día siguiente.

La advertencia

En el pueblo dicen que antes de llegar, se anunciaron. Llamaron a la comandancia de policía y les advirtieron que se fueran, porque comenzarían la matanza. Los 30 agentes de seguridad que había en Creel fueron llevados a la capital para someterlos a interrogatorios judiciales. Veinte de ellos volvieron el día antes de la tercera marcha, supuestamente libres de responsabilidad.

El día que sucedió todo, el padre Ávila dice haber visto dos unidades mientras recorría la escena, descubriendo la identidad de los caídos. Pero en un pestaño se

fueron y ya no volvió a ver a ninguna autoridad hasta pasadas las 10 de la noche. “Cuando apenas llegaba al cuarto cuerpo no pude más y me rompí. Las lágrimas se sumaron a mi recorrido por todo el terreno cubierto de cuerpos destrozados, de sangre, de masa encefálica, de llanto, de histerias, de rabia, de impotencia. No fue sorpresa constatar que no había ni un solo policía en el lugar. Entonces, yo no podía seguir débil, porque alguien tenía que asumir la responsabilidad, con cabeza clara para tomar decisiones”.

“Mi primera llamada fue con el secretario general de gobierno que no acababa de creer lo que le iba describiendo; luego me llamó la procuradora del estado y así siguieron las llamadas constantes. No fue fácil calmar a la gente, ni impedir que levantaran los cuerpos de sus hijos para esperar a que llegaran las autoridades ministeriales a levantar actas. Llamaba una y otra y otra vez, y le urgía al secretario de gobierno que me mandara gente a resguardar la zona, a controlar la situación; pero él también, por más llamadas que hacía, no podía encontrar policías cercanos que me apoyaran”.



“Es muy sencillo y absolutamente complicado: que se sepa la verdad. Que las autoridades den pruebas evidentes de que está habiendo resultados en las investigaciones...”

La ayuda nunca llegó en el tiempo requerido. El padre debió hacer funciones de perito y de ministerio público a sugerencia de la misma procuradora Patricia González, quien es originaria de ese municipio. Ávila tomó fotografías a cada uno de los cuerpos, pidiendo a sus familiares que se hicieran a un lado.

“La gente no quiere salir a las calles, y es lógico: ahorita tienen la herida a flor de piel, tienen la piel sangrando todavía”, dice en su pequeña oficina, donde despacha también como presidente de la Comisión de Solidaridad y Defensa de los Derechos Humanos AC, la Cosyddhac. “Estamos embarrados de miedo y de dolor. El reto muy fuerte, de veras, que



tiene la autoridad, es que sea capaz de recuperar la confianza del pueblo, que el pueblo pueda confiar nuevamente en ellos”.

La dictadura del silencio

El edificio de la presidencia seccional de Creel se encuentra a un lado de la estación del ferrocarril Chihuahua al Pacífico. Tiene dos plantas, y en la parte superior están las oficinas del titular, Eliseo Loya Ochoa, el hermano del profesor que murió abrazado de su hijo de año y medio. El presidente seccional perdió también a uno de sus hijos, Juan Carlos Loya Molina, de 21 años. Una hora antes de la tercera marcha estaba junto a varios de sus colaboradores y el alcalde de Bocoyna.

Rodeaban su viejo escritorio de metal y madera. Él vestía una camisa blanca con tenues rayas de color gris. Estaba listo para sumarse a la caminata. Fue el único de los presentes que acudió. En la larga lista de ejecutables colocada a la salida del pueblo, quienes la vieron dicen que su nombre no aparece en ella. De cualquier manera no habló.

Tanto él como Ernesto Estrada González prometieron una entrevista posterior a la marcha, extendieron sus tarjetas personales y apuntaron en ellas sus números de teléfono de celular, pero ninguno contestó los llamados.

Frente al salón ejidal, donde fue convocada la multitud para iniciar la marcha con rumbo al

Los siguientes, son algunos post de la sección “Dardos” de *DiaSiete.com*, sobre el tema de la inseguridad.

Un México new age, buenavibra...

(...) Las verdaderas colectividades políticas o de intereses, cuando toman la calle, tienen siempre una agenda, un mensaje, y un destinatario perfectamente definidos (...) asombra que la sociedad civil utilice para aliviar su legítimo pesar, la catarsis hueca de vestirse de blanco y encender velas, en vez de sostener un discurso política y jurídicamente contundente. De exigir renuncias específicas. De amagar con medidas de desobediencia civil, como suspender pago de impuestos, huelgas de brazos caídos, desacatar reglamentos, retirar fondos bancarios, etcétera.

– Daniel Lezama

¿Y los derechos humanos?

¿Dónde quedaron los derechos humanos en el Acuerdo Nacional por la Seguridad, la Justicia y la Legalidad?, ¿dónde las organizaciones defensoras de los derechos humanos? (...) se ha ignorado a uno de los principales actores de este país, las ONG que desde hace por lo menos 20 años se han dedicado de manera profesional a su defensa (...)

– Balbina Flores

Que el cerebro se me haga chicharrón de sólo pensarlo

No es por pesimista (...) es una simple revisión de la evidencia. Guillermo González Calderoni fue un superpolicia al que todo mundo alabó. Filas de comandantes y generales “exitosos” hay en los archivos. Recuerde a Jesús Gutiérrez Rebollo. (...) Falta saber –y poco a poco se sabrá, consta en la memoria– cuál es la lista de los que, al paso del tiempo, en el contexto de esta “guerra”, se corrompieron (...) Que el cerebro se me haga chicharrón de sólo pensarlo, pero así es cada seis años. Y estos seis pueden ser los peores.

– Alejandro Páez Varela

templo de Nuestra Señora de Lourdes, Loya permaneció al lado de su esposa y muchas otras mujeres, abuelas y madres de las víctimas. Tenía el rostro desencajado, abatido como el resto de los que allí se encontraban. “Esa cara te dice todo, es un resumen de cómo está el pueblo”, dijo el padre Ávila, quien vestía todo de blanco, como el blanco de sus cabellos y barba. Muchos lloraban mientras acariciaban las banderitas clavadas en la arena. Llevaban flores en las manos, a sugerencia del sacerdote, porque las flores, les dijo, “simbolizan la paz y el amor y lo que se requiere es plantar la tranquilidad”. A la distancia, sobre la calle por la que arribaron las tres camionetas tripuladas por los 12 sicarios de uniformes y máscaras negras, las patrullas de Vialidad aguardaban el comienzo de la protesta.

El silencio era total cuando les habló el padre. “Les decía el otro día que hay quienes quie-



Padre Javier Ávila, El Pato

ren acabar con nuestro país, pero también les dije que no podrán acabar con la sociedad. Por eso estamos aquí, con esta exigencia fuerte y definitiva de la justicia. Han pasado 15 días y no tenemos justicia. Quienes nos encontramos aquí estamos comprometidos con esta comunidad y caminaremos juntos. Los rumores nos han lastimado y por eso mucha gente no ha llegado, pero esto es un signo de nuestra fortaleza. Todos queremos caminar con un rostro más

digno, pero si no hay justicia no hay posibilidad de paz”.

Un sábado anterior la avenida principal fue cubierta por casi tres mil marchantes. Los negocios cerraron y los turistas testificaron el más elocuente de los lenguajes del miedo. Ahora solamente les vieron pasar en silencio. En lo alto de una de tantas montañas que rodean al pueblo, unidades con militares y federales y ministeriales vigilaban por si acaso trataban de cumplir la amenaza de una nueva masacre.





“Más les vale”, dijo el padre. Margarita los vio desde la penumbra del comedor de su pensión. Esperaba el arribo de una decena de turistas europeos que llegarían con hambre después de horas de recorrer las profundidades de la sierra. Estaba enferma. Un resfrío la invadía desde la noche, cuando cayó una gran tormenta que no cesó sino hasta después del amanecer. Del agua no quedó rastro en las calles. Se fue. “La gripa también se me quita con unas buenas yerbas”, dijo, “pero esto, cuándo”.

El día previo, el sacerdote, a quien todos aquí conocen como *El Pato*, dijo que sólo hay una manera de recuperar la tranquilidad. “Es muy sencillo y absolutamente

complicado: que se sepa la verdad. Que las autoridades den pruebas evidentes de que está habiendo resultados en las investigaciones. Punto. No hay otra forma”.

En el pueblo muchos sospechan que los criminales viven entre ellos, o muy cerca. “Quizás hasta hayan participado en la marcha”, ironizó uno de los residentes. Dos de las camionetas en que perpetraron el ataque fueron halladas horas después, carbonizadas, en las brechas que surcan los bosques de pino dentro del mismo municipio. Sólo alguien que conoce el terreno puede desplazarse con tal resolución. Por eso la ecuación del padre es obvia: nadie quiere sumar. •

Cine de acción

Quise dirigirme a mi tarde de cine. Pero no pude llegar, de hecho no pude avanzar dos cuadras. Vivo en una privada de Ciudad Juárez. Un auto Chrysler 300M, 150 disparos de cuerno de chivo, dos cadáveres, listones amarillos que impedían el paso y sangre todavía recorriendo la mitad de la calle. A 360 kilómetros toda la nata de las procuradurías del país estaba reunida en Chihuahua. Y no tiene ni una semana que los 32 gobernadores, Marcelo Ebrard y Felipe Calderón firmaron un “pacto” para cumplir con su trabajo (...) la impunidad huele a pólvora y a funcionarios públicos.

– Miguel Ángel Chávez Díaz de León

La definición de violencia

Hace un par de meses (en la Ciudad de México), a mi padre se le acercaron dos sujetos cuando se disponía a abordar su camioneta (...) Lo encañonaron con un par de pistolas y en el momento que les entregaba las llaves del auto, un tercer sujeto (...) portaba una ametralladora y se la puso en el pecho entre amenazas e insultos (...) En el momento de hacer la denuncia ante el Ministerio Público y después de relatar detalladamente lo sucedido, el aburrido trabajador del MP que levantaba el acta preguntó que si el robo había sido con lujo de violencia (...)

– Berenice González Durand

Publicidad, gratis, a los narcos

¿Los medios de comunicación deben divulgar los mensajes de la delincuencia organizada? Por ejemplo, el contenido de las mantas atribuidas a organizaciones criminales, las cartulinas con amenazas en contra de grupos antagónicos, o contra el Estado. ¿Y los mensajes de los secuestradores? Otra pregunta: ¿los medios deben publicar las fotos y divulgar videos de personas que fueron degolladas, o asesinadas en la vía pública, o cuyos cadáveres fueron envueltos en cobijas o en plástico? No hay que desgarrarse las vestiduras (...) los medios también deben mirarse al espejo. Hace falta una revisión sobre el papel que están jugando en este momento, como protagonistas de una guerra que se ha trasladado a los espacios impresos y audiovisuales (...)

– José Pérez-Espino